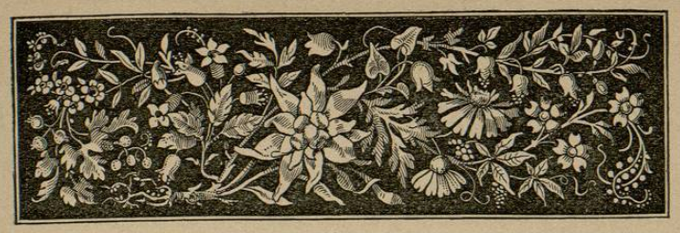
amistosa mediacion de los Estados Unidos ha sido infructuosa. Con lo que se declaró cerrada la conferencia, en fé de lo cual firmaron.... »

Seria ocioso todo comentario de nuestra parte. Las exijencias tan clara y duramente manifestadas por los Plenipotenciarios chilenos, de no aceptar ninguna discusion, que no comenzára con la cesion á Chile de los desiertos de Atacama y Tarapacá, son la mas segura y evidente prueba de cuanto hemos dicho al hablar de las causas de la guerra. Chile habia pensado hacer, y hacía única y simplemente una guerra de conquista: y puesto que la suerte de los acontecimientos se habia decidido en su favor, persistia mas que nunca en sus primitivos propósitos.



XIII

BATALLA DE SAN JUAN Y DESTRUCCION DE CHORRILLOS

RESÚMEN

Chile se aprovecha cada vez mas de la debilidad del Perú. – Abortadas las conferencias para la paz, se dirije contra Lima. – Desembarco de *Pisco*. – Tentativos de bombardeo del Callao. – Pérdida del *Loa*, de la *Covadonga* y de la *Fresia*. – Bolivia, de hecho, no participa mas á la guerra. – El Dictador Piérola: la ambicion y la vanidad lo arrastran á nuevos errores. – Los oficiales, abandonando sus rencillas de partido, desean unicamente batirse con el enemigo. – Piérola desconfia de todos: estropea el ejército, desarma la guardia nacional y crea el ejército de reserva, los oficiales *temporales* y el *Batallon depósito*. – El nuevo ejército fué una simple aglomeracion de gente armada. – Piérola quiso ser el General en Jefe: deseaba una victoria exclusivamente suya. – Espera el enemigo á las puertas de Lima. – Fortifica San Cristobal y San Bartolomé. – Contraría el sentimiento público que queria nuevas fuerzas navales. – *Su plan*. – El pueblo peruano estaba malcontento: porque toleró á Piérola. – El desembarco de Pisco indicaba que se atacaría á Lima por la parte de *Lurin*. – Tablada y valle de Lurin. – Líneas de defensa. – Los reductos. – Las *minas automáticas*. – Los clérigos y el

Vicario Castrense. – Desembarco de *Curayaco.* – El ejército chileno pudo ser deshecho en Lurin. – Como dispuso Piérola las tropas. – Observaciones y consejos de los Generales, no escuchados. – Los *Asilos* y la *Guardia Urbana.* – Disposicion del ejército chileno y ataque del 13 de Enero de 1881. – Valerosa resistencia del ala derecha: Iglesias es hecho prisionero. – La reserva: un batallon hecho trizas. – El ala izquierda no tomó parte en el combate. – La mala colocacion del ejército y la incapacidad de Piérola fueron causa de la derrota. – Su desaliento durante la batalla. – Los fugitivos peruanos se dirijen á Miraflores. – Los chilenos en *Chorrillos.* – Saqueo, devastacion é incendio. – Orgía, borrachera y sangre. – Los Jefes no pusieron freno alguno á los excesos de los soldados. – La destruccion de Chorrillos no es debida solamente al desenfreno de la soldadesca: parece premeditada y consentida. – Nota diplomática y su respuesta. – ¿Porque no ardieron los *ranchos* de los allegados á los chilenos? – Saqueo é incendios en el *Barranco.* – Ni en Chorrillos ni en el Barranco se respetó á los extranjeros neutrales. – Daños sufridos por la colonia italiana. – Atrocidades chilenas: asesinato de 13 italianos. – ¿Que hizo el Gobierno italiano? – La escasez de los buques italianos fué argumento de escarnio y osadía por parte de los chilenos. – La fábula del *Batallon italiano.* – Pérdidas de Chile y del Perú en la batalla de *San Juan.* – Porque los chilenos se obstinaron en llamar *Batalla de Chorrillos,* á un modesto hecho de armas en la estacion del ferro-carril.

Un ántes de llegar á Tacna y Arica, se encontraba entre los proyectos de Chile el de adelantarse diligentemente contra la capital del Perú. A esto lo impulsaban el antiguo odio, que se habia convertido en signo de patriotismo y artículo de fé nacional, y la necesidad de destruir á un enemigo que se abrigaba la seguridad de haberselo hecho irreconciliable, ó por lo ménos, de quebrantarlo hasta reducirlo por largos años á la mas absoluta impotencia: y ésto, se comprende muy facilmente, con el doble objeto de no tener que temerlo mas tarde, y de poderle sin contraste dictar su ley, para obligarlo á confirmar con un tratado de paz la conquista del desierto de Tarapacá.

Su escuadra habia establecido el bloqueo del Callao desde el 8 de Abril de 1880; y comenzando desde los primeros dias de Junio, emprendió con todas sus fuerzas á aumentar su ejército, y á solicitar todos los demas preparativos necesarios. Los hechos le habian demostrado, que no se habia engañado, cuando, contando sobre la accidental debilidad en que se encontraba el Perú el año anterior, lo arrastró contra su voluntad, á una guerra en la cual el otro ni siquiera pensaba. Los hechos le habian probado tambien, que pôr motivo del mal estado siempre creciente de las condiciones interiores de aquél pais, su debilidad primitiva, en lugar de disminuir, habia ido siempre aumentando; y todo le aconsejaba aprovecharse cuanto pudiese, y lo mas pronto posible, de tan favorable ocasion, ántes que un probable cambio de semejante estado de cosas, lo obligase á quedarse á mitad de camino, y quizás á retroceder hasta su pais sin las esperadas ganancias.

Los preliminares de las conferencias para la paz, y las conferencias mismas que, sabia perfectamente, no podian satisfacer sus aspiraciones, no habian paralizado ni detenido un solo momento sus preparativos, ni sus actos de hostilidad contra las indefensas poblaciones enemigas, que oprimia bajo el peso de enormes contribuciones; y tan luego como aquellas se cerraron, como hemos dicho, sin algun resultado práctico, se dedicó solicitamente á operar contra la antigua Reina del Pacífico.

Efectivamente, una primera division del ejército chileno que debia operar contra Lima desembarcó el 19 de Noviembre en la bahía de Paracas, próxima al pequeño puerto de Pisco, que habia sido dejado sin guarnicion por el enemigo, en union de todo lo restante de su extenso litoral, excepto el Callao. A esta primera division de 8500 hombres, siguió pocos dias despues otra de 3400; y el 22 del siguiente Diciembre desembarcaban finalmente todas las demas, tambien sin encontrar ni la menor

resistencia, en la abandonada playa de *Curayaco*. Todas estas fuerzas, formaban un total de 26,500 hombres, con 80 cañones y 8 ametralladoras, que Chile dirigia contra la capital peruana (1).

Desde Mayo hasta Diciembre, los blindados chilenos que bloqueaban el puerto del Callao, intentaron varias veces bombardear la ciudad y el fuerte: pero colocandose siempre en la bahia á muchísima distancia de éste, sus tentativas resultaron siempre infructuosas, sin producir jamas daño alguno al enemigo. Por el contrario, la escuadra chilena perdia en Setiembre el trasporte armado *Loa*, que los peruanos hicieron saltar por medio de un torpedo.

Otro buque chileno, la corbeta *Covadonga*, que bloqueaba el puerto de *Chancay*, se hizo tambien añicos en el mismo mes de Setiembre, bajo la accion de otro torpedo lanzado por los peruanos.

Finalmente, el 5 de Diciembre tenia lugar en la rada del Callao un combate singular entre la barca torpedera chilena, *Fresia*, y otra peruana de igual naturaleza. Dicho combate tuvo lugar á igual distancia de las fortificaciones del Callao y de la escuadra chilena, que no tomaron parte alguna, y acabó con la pérdida del torpedero chileno, echado á pique por el peruano.

Veamos ahora lo que hiciese en este intérvalo el Dictador peruano, y como se preparase á la lucha que el enemigo venia á empeñar bajo los muros mismos de la Capital.

De la República aliada, Bolivia, á causa de la cual, por lo ménos aparentemente, fué arrastrado el Perú á la guerra, no hay que hablar: despues de la batalla del *Alto de la Alianza* en las cercanías de Tacna, en la cual, como sabemos, concurrió con

(1) Véase BARROS-ARANA, *Obra cit.*, parte segunda, pag. 141. – Como chileno y como historiador semi oficial de su país, B. Arana debía conocer exactamente el verdadero contingente de estas fuerzas.

un reducidísimo cuerpo de tropas, se retiró completamente de la lucha. Se encerró detrás de sus inaccesibles montañas, donde seguramente nadie la iria á buscar, y olvidó amigos y enemigos, y la guerra misma, como si nada la interesara.

Como hemos dicho en otra ocasion, el blanco de todas las miras de Piérola era la idea de imponerse definitivamente al país, y de asegurar quizás para siempre en sus manos las riendas del supremo poder del Estado, en tan mal momento, y por tan malos medios arrebatadas (1). Desconfiando de todo y de todos, excepto de la propia ambicion y de la propia incapacidad, comenzó desde el primer momento á alejar de la direccion de los asuntos públicos y de todas las administraciones del Estado, que en su mayor parte deshizo y rehizo á su manera, á todos aquellos que no eran, ó que suponia no fuesen partidarios suyos.

(1) Para probar cuan cierta sea esta asercion, concurre tambien el siguiente decreto de 22 de Marzo 1880:

« Nicolas de Piérola.... Considerando: 1° *Que mientras la República se dá las instituciones que definitivamente han de regirla,* y pudiendo ocurrir que por diversas causas me halle impedido temporal ó absolutamente para atender á la administracion y gobierno del Estado, es indispensable proveer á tal situacion; 2°.... Decreto: Art. 1. Si á causa de las exigencias de la guerra actual, ó por cualquier otro motivo, me hallase temporalmente impedido, se encargará del Poder Ejecutivo nacional, y con esta denominacion, el ciudadano que yo designare.... »

Se note que el Perú tenia ya desde mas de 60 años atrás sus instituciones republicanas, suspendidas transitoriamente por el Dictador; y que no era el caso de deberse dar las instituciones definitivas de que habla Piérola, puesto que ya existian. De consiguiente era él, quien pensaba modificar tales instituciones, que se habrian hecho incompatibles con su dictadura, en el solo caso en que ésta debiese ser no ya transitoria, como era, sino estable y duradera. Y se note tambien que este decreto, dado no para un caso del momento, sino en prevision del porvenir, y para los casos que posiblemente pudieran sobrevenir, era en otros términos una especie de ley general con la cual, confirmando para siempre su dictadura, se daba la facultad de nombrar el sucesor. Por lo ménos así fué interpretado en el Perú.

Quiso tener un partido político todo suyo, de su creacion y con sus ideas; y ya sabemos de donde y como lo tomára, y con cuales medios procuró grangearse su afecto.

Deseó, como hemos visto, é indirectamente contribuyó á la derrota de Tacna, unicamente porque temia encontrar en el Contra-Almirante Montero y en el ejército que éste mandaba, fuerzas morales y materiales que mas tarde pudiesen obrar contra él. Derrotado Montero, y reducidos los gloriosos restos de su ejército á dispersarse, ó incorporarse por fracciones al de Arequipa, que permaneció inútil lejos del teatro de la guerra, Piérola se sintió aliviado de un gran peso, se sintió mas libre. Pero quedaba todavia, de la vida anterior de la República, el ejército que habia en Lima y en el Callao cuando él inició la revuelta que lo llevó á la dictadura; quedaba igualmente la numerosa oficialidad peruana, casi toda llamada al servicio activo; y todo ésto era todavia para el Dictador, molesto y enojoso.

Sin embargo, una fraccion de este ejército, la mas pequeña, es cierto, habia sido precisamente la que, pronunciandose en su favor, fué el primer instrumento de la revuelta; y la otra, si bien no por afecto á él, sino por la grave situacion en que se hallaba el país, no solamente se habia abstenido de combatirlo, sino que lo habia además aceptado de buena fé como Jefe del Estado, declarandose con la mayor buena fé dispuesta á combatir á sus órdenes contra el enemigo extranjero. Por consiguiente este ejército, lo mismo que sus oficiales, no podian ni debian inspirar desconfianza al Dictador.

Despues de las desastrosas consecuencias de los hechos de San Francisco, y mas todavia despues de la batalla de Tacna, los numerosos oficiales peruanos, en activo servicio ó no (cuyos vicios revolucionarios y partidarios, causas de todos los demas, hemos con alguna extension discutido y puesto en evidencia

anteriormente), cambiando completamente de idea, no se hallaban animados desde el primero al último, mas que de un solo y sincero sentimiento: el de batirse contra los chilenos, y dar al pais expléndidos y provechosos dias de gloria. Llenos de tan nobles y generosos sentimientos, habian depuesto todos sus antiguos ódios y rencores, toda rencilla política y toda aspiracion de ambicion personal. Ellos no aspiraban mas que al triunfo del Perú en la terrible lucha contra Chile: estaban sinceramente resueltos á batirse, á sacrificarse por la patria en peligro, bajo cualquier bandera estuviesen llamados á hacerlo, como lo probaron plenamente con muchos y repetidos hechos; y eran, de consiguiente, una fuerza de la cual era preciso y necesario aprovecharse.

Pero á despecho de todo esto, el inquieto ánimo del Dictador desconfiaba siempre, y nada era suficiente para tranquilizarlo. Desconfiaba de todo lo que tenia raices en la anterior vida política de la República; desconfiaba de todos aquellos en los cuales, con razon ó sin ella, creia ver un futuro candidato á la primera Magistratura del Estado; desconfiaba de cualquiera no fuese exclusivamente suyo y hechura suya. Y nada mas que para obedecer á sus tímidas sospechas, privó al país, y por consiguiente á si mismo, de casi todos sus mejores elementos de fuerza.

Disolvió la mayor parte de los cuerpos ó batallones de Lima y del Callao, para depurarlos á su manera y mezclarlos entre ellos mismos ó con nueva gente no sospechosa. Disolvió la antigua guardia nacional, compuesta de voluntarios ya ejercitados en el manejo de las armas, en union á sus oficiales á los cuales estaban acostumbrados ya á obedecer, para crear en su lugar un ejército de reserva en el cual se hallaban obligados á incorporarse todos los ciudadanos capaces de llevar las armas, y que sin embargo llegó escasamente à 6000 hombres. Disolvió y abolió la vieja escuela militar para la formacion de cabos y sargentos,

que tan buenos resultados habia dado siempre. Y promulgando una nueva ley, con la cual se daba la facultad de nombrar á su capricho, desde subteniente á coronel, oficiales así llamados *temporales* y *provisorios*, fueran ó no militares, tomó y creó del seno de todas las clases sociales, principalmente de las mas infimas, una larga fila de oficiales de ocasion y del momento, que todo conocian ménos la milicia, y los colocó al mando del ejército activo y del de reserva.

En cambio, los antiguos oficiales del ejército y de la guardia nacional, salvo raras excepciones, parte fueron mandados á sus casas, y parte reunidos, para tenerlos siempre inactivos bajo su vijilancia, en un monstruoso batallon de oficiales, llamado *Batallon Depósito*, cuya principal mision era la de estar encerrados en el cuartel; de modo que para poder prestar sus servicios al país, la mayor parte de ellos se vieron obligados á aceptar puestos y oficios inferiores á su grado, ó á batirse como simples soldados. Como ejemplo, baste decir, que el Contra-Almirante Montero y el General Buendia, pudieron á duras penas obtener el puesto de ayudantes del Dictador en las terribles jornadas de *San Juan* y *Miraflores*, mientras otro General se batia con el fusil á la mano como el mas obscuro soldado.

Por consiguiente el Dictador, en vez de recoger y utilizar todas las fuerzas del país, solo se dedicó á dispersarlas y á dejarlas forzadamente ociosas á un lado, para sustituirlas con un gran aparato de fuerzas efimeras, buenas unicamente para engañar á si mismo y á la ciega credulidad del vulgo ignorante.

A pesar de los numerosos contingentes de tropas, que con grande y rumoroso aparato se habian hecho venir de los mas remotos puntos de la República, para dar prueba de energia y actividad, el ejército activo de Lima y del Callao contaba en Diciembre de 1880, solamente algunos miles de hombres mas que en Diciembre de 1879, ó sea 19,000 hombres poco mas ó

ménos; sin contar que, en vez de ejército, podia llamarsele apénas simple *aglomeracion* de gente armada. Las pretendidas reformas del Dictador, que en los primeros meses de gobierno lo redujeron de mas de una tercera parte, desecharon casi todos los antiguos soldados y las así llamadas *clases*, es decir cabos y sargentos que, como todos saben, son la base principal de un buen ejército; y la gente nueva con la cual llenaba estos huecos, no era nada adaptada á las urgentes necesidades del momento. Indígenas, es decir *Indios* recogidos en las mas miseras y remotas poblaciones agrícolas del país, los últimamente llegados no hablaban y no comprendian mas que el dialecto nativo, ó sea el *quechua*, y de consiguiente, ántes de aprender el manejo de las armas y todo lo que constituye la escuela militar del soldado, era necesario que aprendiesen á comprender y á hablar el idioma nacional (1): y tratandose de gente por si misma muy ignorante, de la cual se pretendia que aprendiese semejantes cosas por la sola práctica, sin someterla á ninguna enseñanza especial, eran necesarios para esto solamente muchos y muchos meses.

La mitad, ó poco ménos, del ejército de Piérola en Diciembre de 1880, era de consiguiente compuesta de gente que no habia todavia aprendido á comprender, ó por lo ménos muy dificilmente, el idioma nacional; y que por esto mismo, poco ó nada podia conocer del manejo de las armas, y de todas las demas cosas necesarias á un soldado, aun de los mas mediocres. Y si á todo esto se añade que, excepto pocos oficiales buenos y expertos de los ya existentes, los demas eran todos oficiales de creacion reciente, que poco ó nada conocian del

(1) El *quechua*, que era el idioma del antiguo imperio peruano de los *Incas*, cuando tuvo lugar la conquista española, es todavia la única lengua de los indígenas que habitan las regiones mas interiores de la República.

arte militar, se comprenderá facilmente con cuanta razon deciamos ántes, que el ejército levantado y dispuesto por Piérola, mas bien que tal, podia apénas llamarse una simple aglomeracion de gente armada.

Sin embargo, aun así como era, los hechos probaron mas tarde que este ejército hubiera sido mas que capaz, en union al de reserva, de rechazar al enemigo, si nuevos errores del Dictador, provenientes siempre de las mismas causas, no hubiesen venido ántes y durante la accion, á condenarlo estúpidamente á la derrota.

Entre las muchas necedades que la ambicion y la vanidad dictaban á Piérola, se encontraba la de no permitir que otro, fuera de él, obtuviese una victoria sobre los chilenos. Decir que no trabajase á su manera para obtenerla, no seria exacto. Esta victoria la deseaba y la queria con todas sus fuerzas: pero con la condicion de que fuese toda ella obra suya y mérito suyo, para levantarse gigante sobre todos sus conciudadanos, é imponerse irremoviblemente al país con la aureola que debia necesariamente rodearle como su único salvador. Confiando excesivamente en sus propias fuerzas y en sus propios talentos militares y de todo género, como es natural á la ignorancia ambiciosa, él se creia de buena fé capaz de arrancar la victoria al enemigo: estaba plenamente seguro de vencer, y de hacerlo todo bien, y mejor que cualquier otro. Era un alucinado; y nació de todo esto en él, la firme resolucion de querer ser él mismo – que nunca fué militar – el supremo y único director de la guerra, y el General en Jefe de sus ejércitos.

Contra semejante resolucion surgia sin embargo una gran dificultad: para ponerse á la cabeza del ejército y mandar personalmente las batallas contra los chilenos, era necesario abandonar la Capital, y con ésta, aquella suprema y despótica direccion de los asuntos públicos, á la cual sacrificaba todas sus demas

ideas, y que lo tenia tan altanero y lleno de sí mismo. Pero esto no entraba en modo alguno en sus planes: dejar, aunque fuese por un solo instante de mandar en todo y á todos, permitir que otros dividiesen con él la esperada y segura corona del triunfo, eran cosas que no podian ni siquiera pasarle por la imaginacion.

Estaba seguro de la victoria; y no queria que una parte del mérito de ella, por pequeña que fuese, recayera en otro que no fuera él mismo. Tenia sed de mando, y sed quizás aun mayor de hacer pompa y alarde de sí mismo y de su poder, en aquella Capital donde se encontraban todos sus verdaderos ó supuestos enemigos, trotando y galopando por las calles de la ciudad con sus enormes botas de montar y su casco prusiano, á la cabeza de una brillante y numerosa escolta de ayudantes y guardias: y á ninguna de estas cosas queria renunciar.

Para conciliar todas estas exigencias de su ambicion y de su vanidad, no se ofrecia mas que un solo medio: el de esperar al enemigo á las puertas mismas de la Capital, para poderse encontrar contemporaneamente tanto á la cabeza del ejército, como en el Palacio del Gobierno; y fué esto precisamente lo que decidió hacer. Como primera medida, en vista de esto, malgastó inutilmente tiempo, dinero y cañones en las fortificaciones de los cerros de *San Cristóbal* y de *San Bartolomé*, que situados, principalmente el primero, en puntos por los cuales no era en modo alguno posible esperar que se aventurase el enemigo, á poco ó nada podian ser útiles.

Esta manía de Piérola, de querer reservar para si toda la gloria de derrotar á los chilenos, no fué en modo alguno nueva, ó de los últimos momentos. La tenia desde el primer dia en que asumió la dictadura, y dió de ella la prueba mas evidente, cuando, contrariando la universal expectativa, manifestó que no veia la necesidad de comprar buques blindados, y que ha-